

PIPO CLAVERO: UN HISTORIADOR ‘MILITANTE’¹

PIETRO COSTA

Universidad de Florencia

Acepté la invitación de los amigos y colegas de la Universidad de Sevilla con gratitud y emoción: con gratitud, porque veo en esta invitación la generosa intención de subrayar la cercanía, cultural e ideal, entre Florencia y Sevilla, y con emoción, porque nuestro encuentro subraya una ausencia difícil de aceptar para todos nosotros. Y contribuye a acentuar este sentimiento de pérdida el recuerdo de la fiesta organizada, hace pocos años, en septiembre de 2017, para celebrar los setenta años de Pipo.

Echamos de menos a Pipo y seguiremos echándole de menos, y precisamente por eso la operación de la memoria es esencial. La memoria es la única herramienta que tenemos para evitar que la ausencia se convierta en un vacío imposible de colmar. Es la memoria la que permite transformar la distancia en cercanía y hace posible la continuación de un diálogo. En esta perspectiva, Pipo está cerca y presente, porque ha sido y sigue siendo, para todos y cada uno, un importante, ineludible término de comparación.

Son sobre todo los colegas y alumnos de Pipo quienes pueden ofrecer la imagen más completa de su personalidad y de su obra. Mi testimonio tiene inevitablemente un alcance menor, aunque solo sea por mi lejana localización (geográfica y lingüística). Pero dos elementos han concurrido siempre a hacerme próximo, ideal e incluso materialmente, a Pipo: en primer lugar, el interés que despertaron en mí los escritos surgidos de su muy activo e innovador taller intelectual; y, en segundo lugar, la relación que entabló con Paolo Grossi desde los años setenta.

A Pipo le gustaba llamarse a sí mismo “autodidacta”. Sin embargo, conviene entender el sentido de esta afirmación. Podía llamarse autodidacta en la medida en que, en una España todavía franquista y en una historiografía jurídica todavía hegemonizada por Alfonso García Gallo, su estabilización académica no fue fácil ni segura. Y autodidacta podría decirse también en

¹ Trad. Sebastián Martín.

un sentido más profundo, pues su independencia de pensamiento, su intolerancia ante cualquier dogma pasivamente aceptado, le obligaron a buscar su propio camino, recogiendo (de la vida como de los libros) las más diversas sugerencias y reelaborándolas creativamente. Sin embargo, aunque rechazaba el principio de autoridad, no rechazaba la *auctoritas* de los estudiosos a los que apreciaba no por ser influyentes académicamente, sino por resultarles culturalmente estimulantes. Eran los estudiosos que él señalaba como sus “Maestros”; y para Pipo los maestros así entendidos eran, si no me equivoco, dos: Francisco Tomás y Valiente y Paolo Grossi.

En varias ocasiones (y en particular en la hermosa entrevista publicada en el *Forum Historiae Iuris* en 2008 editada por Fernando Martínez y Alejandro Aguëro) Pipo afirma que veía en Paolo Grossi a uno de sus maestros: con Grossi —escribe Pipo— “entablé una relación discipular” y hace tiempo que considero —continúa Pipo— dos de sus libros, *Locatio ad longum tempus* y *Un altro modo di possedere*, como mis “vademécumes”.

Clavero, Tomás y Valiente y Grossi: personajes muy distintos y, sin embargo, unidos por relaciones de estima que iban más allá de la edad y la posición académica y que encontrarían, por así decirlo, su consagración tras la trágica desaparición de Tomás y Valiente. (A Tomás y Valiente, de hecho, Clavero le dedicaría una elaborada *Biografía intelectual*, publicada en 1996 en la Biblioteca del Centro di Studi per la storia del pensiero giuridico moderno dirigido por Paolo Grossi).

Cuál fuese el punto de encuentro entre Clavero y Grossi es fácil de entender: el *mare magnum* de las sociedades europeas entre la edad media y principios de la edad moderna. ¿Cómo adentrarse en este mar? Era una pregunta que ambos se planteaban y ya había llegado el momento de distanciarse de la *vulgata* que retroproyectaba el Estado nacional dominante en el siglo XIX y hablaba despreocupadamente de un “Estado medieval”. Grossi se movía en esta dirección, implícita en sus primeras obras medievales (precisamente en la *Locatio ad longum tempus* apreciada por Pipo) y luego plenamente desarrollada en *L'ordine giuridico medievale*, de 1995; y Pipo, por su parte, construyó todo su impresionante estudio de la sociedad del antiguo régimen identificando, como eje y punto de equilibrio de esa sociedad, no el “Estado”, sino la densa trama normativa y ordenadora del *ius commune*: una trama que Pipo llegó a considerar una “infraestructura”, la estructura que portaba la sociedad del antiguo régimen. Y vale la pena recordar que otro gran amigo de los *Quaderni Fiorentini*, António Hespanha (también recientemente desaparecido y, sin embargo, siempre reencontra-

do en la memoria y la admiración de sus amigos y admiradores), también se movía en una dirección similar en los mismos años; fue precisamente António Hespanha uno de esos compañeros de viaje que Pipo recordaba como importantes para su empresa intelectual: una empresa que —como le gustaba repetir— no era una exploración solitaria, sino una aventura comunitaria.

De este audaz peregrinaje por el mar de las sociedades del antiguo régimen surgen obras de gran profundidad e impacto. Mencionaré solo la que quizá sea la aportación más famosa: *Antidora. Antropología católica de la economía moderna*, publicada también en la serie dirigida por Paolo Grossi en 1991. *Antidora*, y los muchos escritos que Pipo dedicó al análisis de las sociedades que yo llamo (para entendernos) de antiguo régimen, se han convertido en puntos de referencia obligados, en adquisiciones indispensables para quien quiera conocer la *antropología* subyacente (como le gustaba decir a Pipo) de aquellas sociedades, sus estructuras profundas, capaces de resistir cambios superficiales, estructuras de “larga duración”, que obligaron a desplazar muy adelante en el tiempo el tránsito de las sociedades europeas del régimen “antiguo” a una plena y proclamada “modernidad”.

¿Cuál fue la razón del interés de Pipo por las sociedades premodernas? Yo diría que su interés, emocional e intelectual, por la alteridad, por lo lejano y diverso. El mundo premoderno era un mundo “otro”, no reconducible ni asimilable a nuestro modo de vida, a nuestros juicios y prejuicios. Precisamente por eso ofrecía una confirmación indirecta de que otra forma de vivir y convivir era posible; y que, por tanto, el presente, si se entendía en su historicidad precisa, no era un búnker sin ventanas ni salidas. Las vías de salida existían, tenían que existir: y era urgente encontrarlas.

Es esta urgencia la que impulsa al joven, o muy joven, Clavero a mirar al pasado, a interrogar la historia, a extraer de ella impulsos para cambiar las reglas del juego. Toma así forma un perfil que me parece característico de toda la parábola intelectual y existencial de Pipo: la imbricación, la implicación mutua, entre pasión e inteligencia, entre pasión “militante” y juicio crítico. La historiografía, para Pipo, no es la expresión de una curiosidad distante y sonriente: su mirada no es la mirada de Montaigne, la mirada de un viajero interesado por la extraordinaria variedad de las formas de vida. A Pipo le mueve una presión interior, una urgencia existencial que, por un lado, le induce a identificar las fracturas, las discontinuidades del proceso histórico y, por otro, le obliga a elaborar lo que él llamó una “filosofía crítica de la historia”.

¿Y la modernidad? Al análisis de la modernidad triunfante se dedicaría Pipo en etapas posteriores de su itinerario investigador. Desde este punto de vista, su trayectoria es análoga a la de muchos historiadores del derecho (en Italia y en muchos otros países): precisamente en los años sesenta-setenta, la historiografía jurídica, tradicionalmente concentrada en el estudio del *ius commune*, descubría los territorios hasta entonces desatendidos de la modernidad y los consiguientes triunfos del Estado, los códigos y las constituciones. El propio Grossi, que había sido uno de los defensores de la necesidad de extender el análisis histórico-jurídico a las sociedades modernas y contemporáneas, había dedicado sus años de juventud al estudio de la experiencia jurídica medieval. Del mismo modo, Pipo iría más allá del estudio de las sociedades premodernas y abordaría, con pasión inmutable y vigor inagotable, la historia del Occidente moderno y contemporáneo, llegando hasta nuestro presente.

Pipo, es cierto, no amaba la modernidad: no era un apologista de su destino “magnífico y progresivo”, por utilizar las expresiones amargamente irónicas de Giacomo Leopardi. La modernidad no era un hogar cómodo y acogedor para Pipo, como tampoco lo era para Paolo Grossi: su actitud hacia la modernidad era, antes que un juicio intelectual, un estado de ánimo (y, como tal, contribuía aún más a su mutua sintonía). Sin embargo, debemos rechazar de inmediato un posible malentendido: ni Pipo ni Grossi sentían nostalgia alguna por el “mundo que hemos perdido”: sería absurdo atribuirles aspiraciones ingenuas o reaccionarias de una “vuelta a la edad media”. Y no solo: también sería impropio entender su pensamiento como expresión del *new medievalism*, que subraya la analogía entre lo premoderno y lo posmoderno, apoyándose en el hecho de que en ambas épocas existe un orden jurídico sin Estado: en la edad media, porque el Estado aún no se había inventado, y en la posmodernidad, porque en ella el Estado, debilitado por la globalización, ha perdido su centralidad “moderna”.

Pipo no idealiza la sociedad premoderna, pero tampoco quiere caer en una apología de la modernidad. Para él es esencial seguir persiguiendo el objetivo de una comprensión crítica de la historia incluso cuando el objeto de análisis es la cultura occidental en la fase de su plena modernidad. ¿Cómo lograrlo? La modernidad promete construir un mundo mejor y pretende ser una adquisición “definitiva”, el resultado de un proceso dirigido hacia lo mejor: precisamente hacia un destino “magnífico y progresivo”. Comprender críticamente la modernidad implica, pues, para Pipo, comparar despiadadamente apariencia y realidad, declaraciones programáticas y su puesta en práctica, derechos e intereses, y asumir esta comparación co-

mo la condición misma de sentido de la narración historiográfica. Norberto Bobbio, estudiando la democracia de los modernos, había enumerado la larga serie de lo que llamó las “promesas incumplidas” de la democracia. Son las “promesas incumplidas” de Occidente las que llevan a Pipo, por un lado, a experimentar en carne propia lo que podríamos llamar, con Charles Taylor, “el malestar de la modernidad” y, por otro lado y como consecuencia, a denunciar el carácter intrínsecamente contradictorio de la civilización moderno-occidental.

No sé si pueden rastrearse ecos de este estado de ánimo en la reflexión histórico-constitucional de Pipo: una reflexión a la que dedicó muchas energías, en solitario y en el marco de la gran empresa colectiva titulada *Historia cultural e institucional del Constitucionalismo en España (y América)* que dirigió junto a Marta Lorente. Pero los efectos del “malestar de la modernidad” me parecen de todos modos perceptibles en la impresionante serie de ensayos y trabajos monográficos que Pipo dedicó a un tema de capital importancia: la cuestión de los derechos de los pueblos indígenas.

Es ante los desastres humanitarios provocados por la colonización (no olvidemos las páginas que Pipo dedica al tema del genocidio) cuando la contradicción intrínseca a la civilización occidental emerge en toda su dramática y deflagrante evidencia. Pipo se mueve en una perspectiva no muy alejada de los *estudios postcoloniales*, aunque conservando su habitual independencia de criterio y evitando la molesta jerga de muchos textos de la literatura “postcolonial”. Desde esta perspectiva (que yo llamo, por comodidad, “postcolonial”), la colonización no es un acontecimiento entre otros muchos en la historia de Occidente o un accidente del “progreso” imparable, sino que constituye el horizonte mismo en el que se forma y se realiza toda la modernidad. Es una perspectiva que nos obliga a mirar a contraluz la civilización a la que pertenecemos, cerrando el paso no solo a apologías trasnochadas o interesadas, sino también a relatos historiográficos indulgentes o distraídos, todavía fieles al mito de la “inocencia” de Occidente.

Los estudios dedicados por Pipo a la condición de los pueblos no europeos (en particular los latinoamericanos) en el horizonte de la colonización destacan por la importancia de sus resultados. Fue un privilegio para los *Quaderni Fiorentini* acoger muchos de ellos. Así es, Pipo fue un asiduo y constante colaborador de los *Quaderni* (es difícil encontrar un volumen de la revista que no incluya alguna de sus contribuciones, siempre puntuales, documentadas y a menudo polémicas) y sus ensayos acogidos en los *Quaderni* reflejan todo el abanico de sus intereses científicos (por poner solo

un ejemplo, tengo mucho cariño al ensayo *La máscara de Boecio*, publicado durante el periodo de mi dirección de los *Quaderni* y dedicado a la distinción entre “persona” e “individuo”). Pero también es cierto que el tema de los pueblos indígenas y la colonización ha estado cada vez más presente en los ensayos publicados por Pipo en la revista florentina en los últimos años.

Es difícil encontrar un historiador del derecho que haya dedicado una atención tan aguda y un compromiso tan sostenido a los derechos de los pueblos indígenas en el horizonte de la colonización. La elección de este tema no es casual, sino profundamente coherente con la visión historiográfica y la personalidad de Pipo. Muchos elementos influyen en esta elección. Es posible que los pueblos indígenas llamaran la atención de Pipo simplemente porque eran portadores de “otras” culturas, distantes y diferentes de la nuestra, testigos de una alteridad aún más radical que la alteridad con la que Pipo había entrado en contacto al estudiar el Occidente premoderno. Decisivo, no obstante, fue el hecho de que la cultura, y la propia existencia, de los pueblos indígenas habían sido determinadas por la violencia destructiva de la apropiación colonial.

Estudiar a los pueblos indígenas en el horizonte de la colonización adquirió entonces para Pipo significados diferentes y entrelazados. Suponía entrar en contacto con la alteridad radical, pero también implicaba atender a la necesidad de oponerse al abuso de poder y asumir el punto de vista de la víctima. Significaba estudiar realidades lejanas en el momento de su fragilidad más dramática. Por último, llevaba a centrarse en el punto más crítico y más abiertamente contradictorio de la historia occidental: en el mismo momento en que la “lucha por los derechos” empezaba a alcanzar cierto éxito en los países europeos y cobraban fuerza la idea y los intentos de crear un Estado de derecho, un Estado sometido a la ley, el colonialismo alcanzaba su apogeo y gobernaba a millones de individuos ejerciendo un poder desenfrenado y reduciendo los derechos (*soi-disant*) universales a un privilegio reservado a los europeos.

La brutal dominación ejercida en las colonias y los derechos humanos celebrados en la metrópoli: las Declaraciones de derechos, consideradas desde el punto de vista de los pueblos colonizados, no parecen, en efecto, más que promesas incumplidas. Pipo establece así una comparación despiadada: la comparación entre el triunfalismo universalista de los derechos humanos (a partir de su primera formulación en los años de la Revolución Francesa) y las oscuras y dolorosas realidades de la esclavitud, la desposesión colonial y la destrucción de civilizaciones enteras. Es desde esta pers-

pectiva que Pipo tendió a ver en la historia de la modernidad occidental el despliegue ininterrumpido de la misma retórica autocelebratoria: una retórica que utilizó primero la religión cristiana y luego los principios sagrados del constitucionalismo liberal simplemente para afirmar la supremacía ético-histórica de la civilización occidental.

No es posible, aquí y ahora, considerar y discutir aspectos individuales del gran fresco historiográfico claveriano. Para concluir, vale más bien la pena subrayar la importancia, en el itinerario heurístico y humano de Pipo, del estudio del pasado colonial: un observatorio ideal para contemplar, quiero decir desde abajo y desde fuera, la cultura occidental moderna, denunciar sus promesas altisonantes y proceder a la deconstrucción del constitucionalismo liberal. Y no solo eso: fue precisamente su profundo conocimiento del proceso colonial y de los pueblos indígenas lo que hizo posible su participación en el Foro Permanente para las Cuestiones Indígenas (órgano consultivo del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas) y le permitió alcanzar un objetivo importante para él, tender un puente entre el conocimiento historiográfico y las instituciones, entre la teoría y la práctica.

Para Pipo, en efecto, la historiografía no tenía un carácter meramente contemplativo, no respondía simplemente a la necesidad de conocer y comprender, sino que era una herramienta indispensable para la crítica del presente, era en sí misma un discurso comprometido y “militante”. Expresión elocuente de esta visión suya es una obra singular y aparentemente excéntrica, pero en realidad perfectamente coherente con su itinerario general: *la Memoria histórica familiar*. Esta obra, como declara su título (*El árbol y la raíz*), está dedicada a la búsqueda de las propias raíces y podría por tanto resolverse en la evocación de recuerdos individuales y familiares, podría ser una memoria privada, una “pequeña historia” distinta de la “gran historia”. Sucede, sin embargo, lo contrario. La memoria se convierte en historiografía, la “pequeña historia” es un punto de concentración y al mismo tiempo de propagación de la “gran historia”, y la historia (“grande” y “pequeña”) es un drama que habla de nosotros porque ha hecho de nosotros lo que somos (y lo que no somos, y podríamos haber sido). Y no es casual, creo, que un libro dedicado a *La amnesia constituyente* se publique en estrecha secuencia cronológica con este doloroso y, a veces, lacerante ejercicio “autobiográfico”: un libro que no es una memoria privada o familiar, sino el análisis histórico y la crítica militante de una recentísima coyuntura constitucional y que, sin embargo, le permite continuar, en un plano distinto pero contiguo, la reconstrucción apasionada y dolorosa de un pasado, personal y colectivo, difícil de olvidar y difícil de recordar.

La historiografía para Pipo Clavero no era un juego: era compromiso y dolor, comprensión racional y pasión “militante”. No era un lujo para unos pocos ni un *divertimento* inocuo: contribuía significativamente a la formación de una conciencia colectiva que quería mantenerse alejada de la barbarie siempre amenazante, exigiendo las condiciones para una convivencia más humana. Ya no es en su voz viva donde Pipo puede transmitirnos su pasión “militante”. Podemos, sin embargo, encontrarla en cada uno de sus escritos y, a través de ellos, retener el recuerdo y atesorarlo para repensar, junto a Pipo, nuestro pasado y nuestro presente.